

Cordero de Dios

Así presenta Juan Bautista a Jesús, a orillas del Jordán, al comienzo de su ministerio público. La imagen del cordero está aludiendo al cordero pascual, signo de la alianza de Dios con su pueblo, por cuya sangre el pueblo elegido alcanzó la libertad, saliendo de Egipto en la noche de la Pascua. Y hace referencia al siervo de Yahvé, que, como cordero manso llevado al matadero, cargó expiatoriamente con los pecados de todos los hombres para alcanzar el perdón de Dios para todos.

Ahora glorificado, el Cordero degollado está de pie junto al trono de Dios, recibiendo el poder, la gloria y la alabanza, porque es el único capaz de abrir el libro de la historia humana y romper sus sellos y sus secretos. Al llegar el momento de la comunión en la Misa, el pan es partido mientras se invoca a Jesucristo: “Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros”. Y poco después, el sacerdote levanta la hostia consagrada y el cáliz con la sangre, diciendo: “Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo...”.

De esta manera, Jesús es presentado en clave redentora. Jesús no es simplemente un profeta, que nos habla de parte de Dios. Ni un líder social, que propone una revuelta violenta para cambiar el orden constituido. Con esta imagen del cordero, Jesús es presentado como el protagonista principal de la redención del mundo en la historia de la salvación. Es el Hijo amado del Padre y es el Cordero de Dios.

La redención que Jesús lleva a cabo se consuma en la nueva Pascua, en su paso de la muerte a la resurrección. Incluye el derramamiento expiatorio de su sangre para el perdón de los pecados. Y tendrá su consumación en el cielo, donde aparece clamorosa su victoria. Jesús es consciente de esta misión que el Padre le confía y llevará en su corazón este secreto, que irá desvelando progresivamente a los suyos, que no lo acabarán de entender hasta que no venga el Espíritu Santo.

Mirar al Cordero inmolado, como nos señala Juan, es hacerse partícipes del fruto de su redención, al tiempo que nos convertimos en protagonistas con él de esa misma redención para todos los hombres. Una redención llena de mansedumbre, que implica toda la vida, derramando la propia sangre, que tiene garantizada la victoria final. Una redención que tiene su centro en Jesucristo, el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.

+ *Demetrio Fernández, obispo de Tarazona*
20.01.2008